

**TURMEQUÉ Y ÉLITE EN BOGOTÁ:
REPRESENTACIONES EN TORNO AL DEPORTE
CHIBCHA EN LOS AÑOS TREINTA DEL SIGLO XX**

JOSÉ ABELARDO DÍAZ JARAMILLO *

Universidad de Cundinamarca, sede Fusagasugá · Colombia

*jodiz16@yahoo.com

Artículo de investigación recibido: 30 de enero del 2013 · Aprobado: 4 de agosto del 2014

RESUMEN

El artículo pretende explicar por qué, durante los años treinta del siglo xx, la élite bogotana se interesó especialmente por el popular deporte chibcha, también conocido como turmequé o tejo. El hecho reúne situaciones de hondo análisis, porque tiene que ver con el impulso de estrategias de distinción social y con formas de integración de lo popular por parte de las élites políticas. El trabajo se apoya en dos tesis: la primera, que la incorporación del turmequé a las prácticas deportivas de la élite bogotana se dio en un contexto de crisis económica y social en Bogotá y en el país; la segunda, que la reivindicación de este juego sirvió para reforzar distinciones entre la élite y los demás grupos sociales, antes que para democratizar imaginarios o escenarios públicos.

Palabras clave: Bogotá, élite, distinción social, nacionalismo, turmequé.

TURMEQUÉ AND ELITE IN BOGOTÁ: REPRESENTATIONS OF THE CHIBCHA SPORT DURING THE 1930S

ABSTRACT

The article attempts to explain why, during the 1930s, the Bogotá elite showed a special interest in the popular Chibcha sport known as turmequé or tejo. The issue deserves deep analysis since it is related to the rise of strategies aimed at social differentiation and to ways of integrating working class practices from above. The article is based on two theses: first, that the inclusion of turmequé among the sports practices of the Bogotá elite took place in a context of economic and social crisis in both Bogotá and the country; and, second, that the appropriation of the game served to reinforce distinctions between the elite and the other social groups, rather than to democratize imaginaries or public scenarios.

Keywords: Bogotá, elite, social differentiation, nationalism, turmequé.

TURMEQUÉ E ELITE EM BOGOTÁ: REPRESENTAÇÕES SOBRE O ESPORTE CHIBCHA NOS ANOS TRINTA DO SÉCULO XX

RESUMO

Este artigo pretende explicar por que, durante os anos trinta do século xx, a elite bogotana se interessou especialmente pelo popular esporte chibcha, também conhecido como turmequé ou tejo. O fato reúne situações de análise profunda, porque se refere ao impulso de estratégias de diferenciação social e a formas de integração do popular por cima. Este trabalho se apoia em duas teses: a primeira, que a incorporação do turmequé às práticas esportivas da elite bogotana se deu num contexto de crise econômica e social em Bogotá e no país; a segunda, que a reivindicação desse jogo serviu mais para reforçar diferenciações entre a elite e os demais grupos sociais do que para democratizar imaginários ou cenários públicos.

Palavras-chave: Bogotá, elite, diferenciação social, nacionalismo, turmequé.

PRESENTACIÓN

En un artículo publicado en el semanario *Sábado*, en diciembre de 1945, el célebre cronista bogotano José Antonio Osorio Lizarazo afirmó que el origen del turmequé se ubicaba en los tiempos de los chibchas, mucho antes del arribo de los españoles al altiplano de la cordillera Oriental. Indicaba, citando a los académicos Eduardo Posada y Ezequiel Uricoechea, que los chibchas lo consideraban un deporte que, luego de confrontaciones con otras tribus, era practicado con “esplendor” junto a otras tres actividades: los sacrificios humanos, las carreras y el consumo de la chicha (Osorio 1945,13).

Por la misma época, el liberal Mario Ibero, otro cronista de diarios bogotanos, si bien coincidía con Osorio Lizarazo al ubicar el origen del turmequé en el periodo chibcha, iba más lejos al advertir que tal denominación provenía de un cacique de nombre ThurMeké —finalmente, el inventor involuntario del deporte—, quien debió sortear una situación incómoda (escoger entre un numeroso grupo de mujeres, aquellas con las que se casaría), ideando una práctica singular (Ibero 1946, 13).

Tanta gracia —advierte el cronista— causó a sus súbditos este ingenioso sistemita de no malquistarse con las que en el curso de unas pocas lunas llenas debían dar el mismo paso decisivo [...], que todos, por unanimidad, resolvieron no sólo ejercitar personalmente dicho deporte prenupcial, sino darle carta de ciudadanía y bautizarlo con el nombre de su ladino y recursivo inventor.

Las afirmaciones de Mario Ibero no están soportadas en investigaciones sobre el pasado chibcha, o por lo menos no se registran en la nota. De otro lado, Jorge Mateus señaló que en el reinado de Tisquesusa, el turmequé tuvo un auge notable, “llegando a verificarse en las ceremonias de gala partidas con discos de oro macizo, los que se adjudicaban por el mandatario al primer vencedor” (Mateus 1930).

A pesar de esto, las pocas referencias escritas que existen sobre la práctica del turmequé en tiempos de la Colonia y de la República, dificultan la elaboración de una historia cultural de esta actividad¹. En

1 Debe anotarse, en efecto, que si bien se adjudica a los chibchas la invención de lo que hoy conocemos como tejo, no significa de ningún modo que este último, tal y como lo juegan los colombianos en el presente, fuese el que practicaban

su célebre estudio sobre los campesinos del Saucío, Orlando Fals Borda planteó que el turmequé era un deporte autóctono del centro del país, particularmente del altiplano cundiboyacense² (Fals Borda 1961, 208). Gracias a Salvador Camacho Roldán, autor de un escrito sobre la vida social en Bogotá, sabemos que para 1849 el turmequé solía jugarse con regularidad entre los sectores populares (Camacho Roldán s. f., 120) y, de acuerdo con lo redactado en sus *Memorias*, era practicado por aquellos en los días de fiestas religiosas (que para esa época no tenían la connotación que adquirirán tiempo después) (Ibíd., p. 106). En esas ocasiones, dice el escritor y político, “Juegos de bolo y turmequé se establecían en las afueras de las poblaciones, acompañados de toldos en que se ofrecía guarruz, masato, colaciones diversas y también bebidas menos inofensivas” (Ibíd.). En Bogotá, mientras aparecían o se consolidaban espacios de socialización y distinción propios de la élite bogotana, tales como los bailes las tertulias y el teatro (Cordovez 1978) los sectores populares tenían sus propios espacios de socialización: las chicherías, el mercado y el juego del turmequé. Así, el turmequé fue practicado en los sectores populares residentes en el campo o en las

los indígenas que habitaban el altiplano, como se insinúa en la *Historia de Bogotá Siglo XIX*, donde se lee que las características de este “no han variado hasta nuestros días” (Gutiérrez Cely 2007, 93). Siguiendo a Lara, en tiempos de los chibchas “la costumbre era lanzar un pedazo de piedra hacia un hoyo abierto en la tierra; más tarde en ese hoyo y en climas fríos, colocaron un pedazo de arboloco”, mientras que “en tierra caliente se usaba un pedazo de guadua que les servía de bocín” (Lara 1930, 3). Ya en tiempos poshispánicos se incorporaría la mecha para reventar, convirtiéndose así el turmequé en un juego transculturado (Patiño 1992, 295).

- 2 La idea de la autenticidad chibcha del turmequé, dominante hasta el día de hoy, fue controvertida en 1930 por Jorge Mateus, quien estableció (sin aportar pruebas) que dicho juego en verdad había sido asimilado por los chibchas (no emplea la expresión *muisca*) al establecer contacto con un grupo de aztecas que llegaron al altiplano para prestar asesorías técnicas, lo cual permitió la implantación en la “alta sociedad chibcha” de un “juego llamado del ‘Hicaíta’, o piedra de mano, según la etimología aborígen de la palabra, que consistía en arrojar a distancia discos de granito de peso aproximado a una libra, pulidos como torteros y muchos de ellos con inscripciones alegóricas al juego tolteca, que deberían caer colocados lo más cerca posible de un receptáculo o bocín de piedra, produciendo al chocar con éste una chispa que entusiasmaba a los jugadores” (Mateus 1930).

poblaciones urbanas ubicadas en la región. Campesinos, trabajadores, artesanos, especialmente del sexo masculino, eran quienes más se entretenían con él, situación que no cambió con la llegada del siglo xx. Por ejemplo, los trabajadores de Bavaria lo jugaban en sus horas de descanso o diversión (Martínez Fonseca 2007, 134), consumiendo especialmente cerveza y chicha, en un contexto en donde los deportes comenzaban a afianzarse en la capital, estimulando o reforzando procesos de distinción social (Ruiz 2010), en la medida en que cada práctica deportiva se asociaba a diferentes estamentos sociales. Así, mientras deportes como el fútbol, la hípica, el polo o el golf, eran privilegio de las élites, el turmequé estaba reservado para el pueblo (Archila 1989, 169-170). No obstante, desde la segunda mitad de los años veinte empezó a registrarse un inusitado interés de sectores de la élite bogotana por el turmequé, proceso que se reforzó en los años treinta, al punto que este empezó a ser practicado en los clubes de la ciudad; además, se hizo una intensa propaganda a su favor y se le dotó, por primera vez, de una reglamentación escrita (Mateus 1930). Para poder identificar las posibles razones que explican ese singular hecho, es necesario aproximarnos al contexto histórico en donde se inscribió dicho interés.

CRISIS SOCIAL Y NACIONALISMO

Si bien de una manera lenta, desde comienzos del siglo xx, Colombia comenzó a avanzar en dirección a una modernización capitalista, la cual se materializó a través de diversos procesos económicos, sociales y culturales entre los que se destacan: una lenta urbanización, una industrialización por la vía de la bonanza cafetera, la construcción de un sistema férreo, el surgimiento de la clase obrera, y una evidente segregación social. Parte de estas dinámicas se registraron con mayor intensidad en los años veinte, considerados como los “años del cambio en el país” en la centuria pasada (Uribe 1991).

No obstante, dos hechos transformarían el panorama de Colombia al final de esa década. Por un lado, la crisis económica internacional de 1929, la cual generó un impacto interno profundo, al afectar la política de exportaciones, especialmente la de café. Las finanzas se vieron comprometidas, golpeando la producción interna, el empleo y los salarios (Tovar Zambrano 1984). Esto generó un ambiente social conflictivo que

se expresó en huelgas y luchas reivindicativas de sectores marginados, tanto del campo como de las ciudades. En Europa, dicha coyuntura contribuyó al avance del fascismo y en América Latina sirvió de soporte para la aparición de corrientes populistas que estimularon de forma notable la irrupción de las masas en la vida política de la región y en Colombia (Urrego 2002, 87).

El otro hecho, también relacionado con la crisis económica internacional, y acaso el más significativo al terminar la década de los años veinte en Colombia, fue la llegada del liberalismo al poder en 1930, luego de más de treinta años de gobiernos conservadores. Si bien ese acontecimiento dio origen a lo que, desde algunas corrientes historiográficas, se ha dado en llamar la República Liberal (1930-1946), no fue un simple hecho político en donde un partido reemplazó a otro en el ejercicio de gobierno. Esto implicó la promoción de un nuevo ambiente ideológico y cultural que se materializó, por ejemplo, con el florecimiento de discursos en torno al papel del folclor y la cultura popular en la vida nacional (Barrera 2009).

Así, la crisis de 1929 no solo se expresó en el ámbito económico, sino además en el político, el intelectual y el cultural. Ejemplo de ello fue el resurgimiento de expresiones nacionalistas e indigenistas, como sucedió en México y Perú, de la mano de pensadores como José Vasconcelos y José Carlos Mariátegui. En Colombia el nuevo clima se expresó con la propuesta del grupo Bachué en el campo artístico (Medina 1995) y con la Unión Nacionalista de Izquierda Revolucionaria (UNIR), de Jorge Eliécer Gaitán, en el campo político. Como señala Urrego, más que una novedad, la aparición del pueblo en el escenario político significó una circunstancia que modificó “el universo de las representaciones sobre la nación y la nacionalidad” (Urrego 2002, 87).

Junto a lo anterior, la crisis económica de 1929 generó en Bogotá momentos difíciles. La caída de los salarios y el aumento del desempleo vinieron de la mano de un alza en los precios de la *canasta familiar*, los arriendos y de los índices de atracos y homicidios. El editorial de un periódico de la época (*Mundo al Día*, junio 13 de 1930, 7) reflejaba la situación así:

Por las arterias de la ciudad corre ahora una hiperestesia sangrienta. Y el asesinato se está convirtiendo en el deporte dominical

de los barrios bajos. [...] es un resultado alarmante de esta época de anormalidad económica. El índice de las defunciones está subiendo gracias al mal humor ciudadano. [...] y es necesario iniciar a este respecto una intensa campaña de defensa ciudadana.

La élite consideraba que los factores que estimulaban la difícil situación estaban relacionados principalmente con el excesivo consumo de alcohol por parte de los sectores populares, hecho que demandaba la puesta en práctica de dispositivos de diversa índole para remediarlo. Así pues, el reconocimiento de ese contexto es imprescindible para comprender la razón del interés de la élite bogotana por el turmequé, como se examina más adelante. Sin embargo, es necesario abordar otras cuestiones que resultan fundamentales para entender esta historia.



Figura 1.

Emilio Murillo

Fuente: Mundo al Día (1930, abril 8).

REGRESAR A LO CRIOLLO: EMILIO MURILLO Y LA DIFUSIÓN DEL NACIONALISMO

Porque Emilio Murillo es lo autóctono químicamente puro.

En *Estampa*, junio 24 de 1939

En el impulso de la práctica del turmequé en el periodo de estudio, el papel más destacado lo tuvo Emilio Murillo Chapull (1880-1942) (figura 1), a quien también se le reconoce su contribución al desarrollo y a la difusión de la música nacional (Marulanda 1989, 16). Nacido en Bogotá, Murillo realizó estudios en la Academia Nacional, donde se especializó en flauta y piano. Fue además fundador de la Estudiantina Nacional, discípulo del músico y compositor Pedro Morales Pino y promotor de los aires nacionales en Estados Unidos y Europa. Cuando en Colombia surgió la propuesta del grupo Bachué a finales de los años veinte, “Murillo se entusiasmó con la idea y decidió viajar al sur del país, donde visitó las tribus Huitotos y Coreguajes de los ríos Putumayo y Orteguzaza, de las que recolectó diversos y variados temas” (*Hagamos Cultura* 1981, 17)³.

Un hecho que ayuda a entender el interés de la élite bogotana por el turmequé y el éxito de la campaña a favor de este, es que Murillo, además de la promoción de la música nacional, por lo cual era ampliamente conocido en el plano intelectual y político de los años veinte, se movía como pez en el agua en los círculos sociales de la élite capitalina. En efecto, Murillo tenía amistades en las redacciones de los periódicos, semanarios y revistas, especialmente de filiación liberal; además, podía acceder sin problema a los clubes sociales más prestigiosos de la ciudad, y era amigo personal de políticos, intelectuales, funcionarios y empresarios como Luis Eduardo Nieto Caballero, Jorge Wills Pradilla, el general Carlos Jaramillo Isaza, Alejandro Cabal Pombo, Eduardo Santos, el presidente Enrique Olaya Herrera, entre otros, quienes lo agasajaban y lo homenajaban por su papel de “promotor de lo nacional”.

3 Simpatizante del liberalismo y exconvicto del Panóptico en tiempos de la Guerra de los Mil Días, Murillo se destacó particularmente en el campo de la música nacional; fue el autor de una importante obra que, según algunos registros, consta de 55 bambucos, 3 bundes, 62 canciones, 24 danzas, 17 danzones, 2 foxes, 28 temas indígenas, 13 torbellinos y 5 valeses.



Figura 2.

Emilio Murillo recomienda el tejo

Fuente: Estampa (1939, junio 24).

La estrecha cercanía de Murillo con aquellos sectores sociales facilitó, insisto, la campaña de difusión del “deporte chibcha”, aspecto que permite comprender el porqué de la intensidad de la misma. Por ejemplo, un periódico al celebrar el cumpleaños de Murillo en abril de 1930, además de considerarlo el “legítimo representante del esfuerzo colombiano” y “el grito más puro de nuestra idiosincrasia” (*Mundo al Día*, 6 de abril de 1930, 24) señaló:

[...] si Murillo es un artista y es nuestro músico más destacado como intérprete del ritmo nacional, ha sido en todo momento la expresión fiel del verdadero colombianismo. Sin ir muy lejos el actual renacimiento del Tejo es obra suya y a su entusiasmo se debe el que este juego haya tomado tanta preponderancia en nuestros círculos sociales.

Para Murillo la reivindicación de lo propio, el *regresar a lo criollo*, no se reducía a la recuperación y difusión de la música colombiana, sino también de otras prácticas sociales y culturales del pasado, especialmente de las indígenas. Por esa vía, el “descubrimiento del turmequé” se convirtió en un elemento de primer orden en su discurso reivindicador de lo nacional. Eso explica su enorme interés por dicho deporte y su deseo de que fuera conocido, aceptado y practicado por amplios sectores de la población bogotana y colombiana. Por eso, a Murillo parece no preocuparle la transformación que sufrió, como veremos, la práctica del turmequé al quedar “en manos” de la élite bogotana, que para poder asimilarlo y “legitimar”lo, debió someterlo a un proceso de higienización, formalización y reinterpretación, dotándolo de un nuevo sentido y de una nueva estética. Lo anterior se hizo en gran medida por la vía de la promoción de discursos en torno a los beneficios médicos asociados a su práctica, y de los reglamentos (figura 2). Murillo entendió que la efectividad de su campaña dependía en gran medida de la vinculación de la élite a la misma,

del papel de sus periódicos y revistas y del visto bueno de los políticos de la capital que, en últimas, eran integrantes de la misma élite. Sin esa participación, la promoción del turmequé, como pretendía Murillo, no habría tenido el mismo impacto que tuvo durante los años treinta.

UN DEPORTE HIGIÉNICO Y SALUDABLE

Es este el deporte más higiénico para nuestro pueblo.

JAIME JARAMILLO ARANGO, *Mundo al Día*, 19 de junio de 1937

El turmequé, como se mencionó antes, era una actividad de distracción practicada por los sectores populares del altiplano cundiboyacense en sus ratos de descanso. Para las élites nacionales, dichos sectores eran exponentes de las peores prácticas y vicios que existían en la sociedad. Es importante resaltar lo anterior porque ilustra la situación a la que se vio abocado aquel sector bogotano, al pretender incorporar en su *habitus* una actividad autóctona, venida de abajo y que, para colmo de males, era practicada o asociada al consumo de chicha, “terrible vicio” que preocupaba hondamente a sectores políticos e intelectuales del país y de Bogotá⁴. Para remediar esa situación, antes que nada la élite debió acudir a la promoción de discursos científicos que refrieran las bondades del turmequé en cuestiones relacionadas con la salud, para luego aceptar la incorporación de este en sus espacios de ocio y entretenimiento. Esos discursos médicos circularon por distintos medios, entre ellos la prensa, las conferencias públicas y las introducciones a los reglamentos del juego. Por ejemplo, en la introducción al reglamento, elaborada por Jorge Lara en 1930, este explicaba, apoyándose en veredictos médicos, las ventajas del deporte chibcha para la salud de sus practicantes:

La salud física se mantiene en estado normal con la práctica del juego de tejo. Por otro lado, este juego no deja consecuencias

4 No significa de ningún modo que otros sectores sociales fuesen ajenos al consumo de alcohol, como se constata en un informe de la época en donde se anotaba lo siguiente: “En todas las clases sociales, en las clases pobres así como en las clases acomodadas, se bebe alcohol con furor; el adolescente, el joven, el adulto, el viejo, lo consumen con desenfreno, en un verdadero *anhelo de acabarse*” (Muñoz 1935, 120). Resaltado en el original.

que afecten en lo futuro al sistema orgánico, al contrario evita a la persona el desarrollo de las enfermedades que tanto mortifican a la humanidad. El continuo movimiento, las idas y las venidas, la necesidad constante de inclinarse para recoger el tejo, el esfuerzo que se hace al lanzarlo constituyen una gimnasia saludable y es un ejercicio que evita tales molestias de salud, que los que las sufren obtienen mejoría en muy poco tiempo.

Varios médicos emitieron conceptos positivos sobre la práctica de ese deporte. En ellos ocupaba un lugar especial la relación que se establecía entre la salud, el tejo y el consumo de chicha, en momentos en que esta bebida se convirtió en el “caballito de batalla” de fuerte estigmatización por ciertos sectores en Bogotá, al responsabilizarla de la “degeneración de la raza” (Calvo y Saade 2002). En tal contexto, para aceptar el deporte se debía, antes que nada, demostrar que este se podía practicar sin acudir a la bebida *maldita*, lo cual demandaba emprender una batalla cultural y científica que apuntara a demostrarlo. Al jugar *tejo* o *turmequé*, afirmaban los abanderados de la cruzada, no necesariamente se debía, ni era recomendable, consumir chicha. Incluso el director nacional de Higiene, Enrique Enciso, llegó a afirmar que “Sin el deporte Tejo, los herederos de los chibchas hubiesen desaparecido, por causa del veneno ‘chibcha’! [sic]” (*Estampa*, 24 de junio de 1939, 21). Y en la misma línea de argumentación, un doctor de nombre Edmundo Rico, afirmó que “el turmequé [...] es el antídoto de la chicha y por consiguiente el contraveneno para la palpable degeneración de las razas”.

Sin duda alguna, la campaña contra el consumo de chicha iba dirigida a los sectores populares de la ciudad que, desde tiempos pasados, como ya lo dijimos, practicaban el turmequé de la mano del consumo de la bebida. Y es altamente probable que la campaña de la élite no tuviese un mayor impacto en estos sectores, sino hasta mucho tiempo después, cuando la chibcha, luego de haber sido estigmatizada y perseguida, fuera reemplazada (aunque nunca totalmente) por el consumo de cerveza. Así, sucedió que una bebida fue o quiso ser reemplazada por otra que gozaba del visto bueno de las autoridades civiles. Por eso, es dudosa la afirmación de Lara (1930, 5), quien advierte una especie de revolución cultural en las prácticas cotidianas de los habitantes de Bogotá, cuando señala para 1930 lo siguiente:

Tabla 1. Respuestas premiadas en concurso deportivo

Respuestas premiadas en concurso deportivo

Un estudiante ganó un concurso sobre el turmequé, al responder las siguientes preguntas:

Primero. El deporte que prefiero es el ‘Turmequé’. Las razones de esa preferencia son las siguientes:

1.º Desde el punto de vista patriótico:

El ‘Trumequé’ [sic] es un juego nuestro, indígena, terrígeno, vernáculo.

2.º Desde el punto de vista físico:

Es sumamente higiénico, porque se juega al aire libre; y en él se da desarrollo a todos los miembros y músculos; a las piernas, a los brazos y al cuello; a los músculos pectorales y abdominales; se ejercita la vista y se activa la circulación.

3.º Desde el punto de vista moral:

No es un juego de suerte y azar; no compromete el dinero, e interesa tanto que no queda tiempo ni para un solo mal pensamiento.

4.º Desde el punto de vista social y económico:

Se puede jugar en equipos, desde dos personas hasta 50, o hasta 10 para más comodidad. El material no cuesta; los tejos se encuentran en las orillas de los ríos, o al borde de los caminos; y de *ground* [sic] puede servir un potrero, un patio, un camino o una corraleja.

5.º Desde el punto de vista lingüístico:

Se puede jugar sin necesidad de emplear palabras inglesas.

6.º Desde el punto de vista estético:

Los jugadores ejecutan movimientos y toman posturas verdaderamente esculturales; nuestros Apolos criollos pueden lucir en ese juego toda su gallardía.

Los ases mundiales de este deporte son los colombianos Emilio Murillo, mantenedor, y Jorge Wills Pradilla. En antiguas épocas lo fueron el cacique de Suba, y el jeque de Sugamuxi. Usaban tejuelos de oro, pero no reventaban sorpresas”.

Fuente: Mundo al Día, 14 de octubre de 1930, p. 19.

Hoy este juego ha operado una transformación feliz en el espíritu de los ciudadanos. Las clases sociales en sus diferentes escalas que, en los días de fiesta se dá [sic] cita en uno y otro sitio de soláz [sic] ya en las afueras de la ciudad o en el corazón de ella dedicados a jugar tejo, pasan ratos inolvidables alejados del uso del licor y entregados a este deporte recomendable.

Lo interesante de esta afirmación de Lara es que no esconde la verdadera pretensión de sectores de la élite de la ciudad: alejar a los sectores populares del consumo de cierta bebida, particularmente de la chicha (Bavaria, por ejemplo, era patrocinadora del tejo en Bogotá, como veremos más adelante). De modo que, por la vía de los discursos acerca de los beneficios que traía para el cuerpo la práctica del turmequé (tabla 1), la élite pretendió, como lo intentó con otros deportes, “imaginar cuerpos fuertes, sanos y capaces para el trabajo, así como individuos proclives al respeto del orden, la institucionalidad y las normas de comportamiento de un ciudadano moderno” (Ruiz 2010, 68).

FORMALIZACIÓN A TRAVÉS DE REGLAMENTOS

Pronto vinieron las primeras iniciativas de miembros de la élite por formalizar la práctica del turmequé a través de los reglamentos. No se tiene conocimiento de la existencia de estos antes de 1930, lo cual daría a entender que, si bien en tiempos pasados no hubiera reglas registradas en el papel, estas existían y eran transmitidas oralmente entre quienes practicaban el juego. En ese sentido, cabe formular la pregunta en torno al papel y al significado de los reglamentos para el deporte del turmequé. Algunos estudios sobre la génesis de los deportes en Colombia han señalado que los reglamentos pueden ser entendidos como el correlato de los manuales de urbanidad (Ruiz 2010, 38),

en el sentido de que las emociones reprimidas a través de estos, aflorarían en la forma de prácticas físicas en las cuales la expresión de las emociones y la violencia sería regulada por un nuevo tipo de manual: el reglamento deportivo.

Se buscaría, en este caso, regularizar los comportamientos de grupos sociales a partir del establecimiento de unos criterios que debían ser respetados.

Si se reconoce lo anterior, esa intencionalidad (la de normativizar) sí que era necesaria para el caso del turmequé, por lo menos por dos razones: primera, por ser una práctica de origen popular (escenario de comportamientos “incivilizados y proclives a la violencia”), y, segunda, por la pretensión de la élite bogotana de incorporarlo a su *habitus*. Lo anterior pasaba por instituir un reglamento, como lo tenían los demás deportes practicados en los clubes, buscando que en el turmequé el jugador se pudiera mover “en el terreno con la más irrestricta libertad, mientras no falte a las leyes elementales de la caballerosidad, ni infrinja disposiciones que reglamentan la mecánica armoniosa del juego” (“La autoridad y los deportes”, *Mundo al Día*, noviembre de 1930). Además, se buscaba que “tanto los jugadores como los espectadores están en la obligación de hacer del deporte algo amable, algo agradable, tanto para los que en él toman parte como para las personas que asisten a los encuentros deportivos” (*Mundo al Día*, 10 de junio de 1930, 8).

En 1930 aparecieron dos reglamentos. Uno de ellos, publicado en dos oportunidades en las páginas de *Mundo al Día* (ediciones del 20 de marzo y del 8 de abril de 1930), fue elaborado por Jorge Wills Pradilla, exdirector del servicio de detectivismo en la ciudad⁵. Este venía acompañado de dibujos que recreaban momentos del juego, apuntando a hacer comprensible la reglamentación. Según Wills, las reglas del juego eran las siguientes (tabla 2):

5 Tres años después afirmaría Wills Pradilla que las reglas del tejo publicadas en *Mundo al Día* habían sido “consultadas oportunamente con expertos del tejo”, sin especificar quiénes eran esos expertos a los que hacía mención. Ver “El deporte en Bogotá. Reminiscencias por J. Wills Pradilla”, en *Mundo al Día*, 13 de febrero de 1933. Es probable que el reglamento elaborado por Wills haya sido elaborado a partir de la observación directa en algunos de los muchos campos o canchas populares que habían en la ciudad.

Tabla 2. Reglas del turmequé

Elementos del juego

Un patio de 8 metros de largo; dos tubos de hierro, denominado bocines; dos tejos de hierro o de cobre para cada jugador y unos triquitraques, llamados mechas o sorpresas, que se colocan en los bordes de los bocines para reventarlos con los tejos.

Jugadores

El turmequé suele jugarse entre dos jugadores y aun entre tres con dos tejos cada uno; pero puede tomar parte ilimitado número de jugadores. Cuando son más de tres cada uno juega con un tejo y no se cuentan los palmos para evitar confusiones.

El patio

El terreno para el juego debe ser plano y estar en dirección de norte a sur para que el sol no ofusque a los jugadores al lanzar el tejo.

Los bocines

Los bocines se colocarán a 18 metros de distancia uno de otro en el juego corriente para adultos. Para los niños a 10 o 12 metros. Los bocines irán sobre un pequeño montículo de greda de un metro de diámetro con el objeto de que los tejos no salgan rodando y de que realcen a la vista. Los bocines suelen tener 10 centímetros de alto, 2 de espesor y 1p de luz, y en el borde irán coolcadas [sic] las mechas o triquitraques.

Los tejos

Para adultos serán de una libra o libra y media y de 10 centímetros de diámetro. Para los niños serán de media libra y de 6 centímetros.

La salida

La salida se echa a la suerte. En el curso del juego se seguirá el orden en que queden los tejos: primero el mano, después el trasmano, luego el tercero y así sucesivamente.

Uso de ambas manos

Se recomienda para las escuelas que habitúen a los niños al uso de ambas manos.

Manera de contar

La mano vale 10 puntos; el palmo, 10; la mecha 50 y la embocinada 100.

La mano

El jugador que quede más cerca del bocín gana la mano. Si ambos quedan a igual distancia se anula la mano y sólo se cuentan los palmos que se hayan hecho.

El palmo

Por cada palmo que se haga con un tejo contrario se ganan 10 puntos. Con un mismo tejo se pueden hacer varios palmos y todos deben contarse siempre que sean a los tejos contrarios. Como la mano del jugador varía de tamaño, lo mejor es tener una varita de 20 centímetros para medir las cuartas que se hagan.

La mecha

El reventar la mecha vale 50 puntos. Una vez reventada los demás jugadores [sic] pierden el derecho de lanzar sus tejos y es preciso reanudar el juego desde el campo opuesto.

La embocinada

El jugador que logre embocinar su tejo directamente, sin haber rodado antes por la tierra, gana el juego.

El chico

Se llama así el juego de 100 puntos. Dos chicos hacen un partido. Cuando cada jugador tiene un chico es preciso jugar el tercero para decidir. Ese juego es el que nuestro pueblo llama la cabra.

Iguales o a ellas

Cuando dos jugadores lleguen a la vez a 90 puntos en un chico es necesario cogerlos [sic] veces la mano consecutivamente para ganar el juego. En ese estado, los palmos no valen. Puede también prorrogarse el juego a 50 puntos más.

Fuente: Mundo al Día, 20 de marzo de 1930, 15.

A mediados del mismo año apareció un reglamento para la veintiuna en turmequé, elaborado por Jorge Bernal Rojas, el cual fue aplicado el 22 de junio, en la inauguración de un nuevo establecimiento ubicado en la calle 33 n.º 8. (*Mundo al Día*, 21 de junio de 1930, 36). También Emilio Murillo elaboró uno “con el fin de darle mayores apariencias estrictamente deportivas” (Osorio 1945).

Tiempo después un nuevo reglamento saldría en formato de cartilla, redactado por Jorge Lara G. en 1930 (figura 3), en donde se pueden observar los tres momentos que pretenden recoger el desarrollo del deporte, y el último de ellos está representado por un miembro de la élite. El mismo llevaba una introducción que contenía algunas referencias a la historia del deporte y sus beneficios para la salud. En la portada se podía leer el siguiente título: “Reglamento oficial del juego del tejo”, y en la parte inferior un subtítulo que decía: “Deporte nacional”. Además, la ilustración que acompañaba la portada de la cartilla era bien dicente de lo que hemos advertido: tres individuos que representan tres momentos en la historia del turmequé: en primer lugar, un indio chibcha caracterizado por una fuerte constitución física, de piel oscura y cabello largo; un individuo que representa a un campesino o habitante popular de algún poblado o ciudad, con ruana y sombrero, de constitución más pequeña; y, finalmente, un miembro de la élite completamente vestido de blanco, con cabello corto. El último individuo representaba no solo el momento final en la historia del turmequé, sino además, la posición dominante de la élite blanca en dicha historia por la vía de su domesticación⁶.

Ahora bien, ¿cuál era el verdadero impacto del proceso de reglamentación? ¿Eran tenidas en cuenta por todos los practicantes del turmequé en la ciudad? Es difícil poder encontrar respuestas a esos interrogantes. Inicialmente, podría establecerse que los reglamentos estaban dirigidos a todos los jugadores, sin distinción social alguna. De hecho, Bavaria mandó editar, reproducir y repartir “profusamente”

6 Se entiende por *domesticación*, siguiendo a Tatiana Ome (2006), un proceso en donde un grupo social re-significa espacios y prácticas culturales de sectores subalternos, dándole nuevos sentidos y utilidades para sus propios intereses. Se trata, desde luego, de un proceso de dominación simbólica que, a su vez, genera estrategias de resistencia de los grupos subalternos.

el reglamento elaborado por Wills Pradilla, para que “los aficionados al deporte chibcha” pudieran “consultar las fases más interesantes del juego” (*Mundo al Día*, 12 de febrero de 1930, 11). Como ya lo anotamos, en los sectores populares que practicaban el turmequé existían reglas que garantizaban el desarrollo de las partidas, aunque no aparecieran en letra impresa, ya que se transmitían oralmente. De modo que la iniciativa de reglamentar la práctica del juego por parte de la élite no era otra cosa que un recurso de ella para “oficializar” una práctica ancestral, despojando “al tejo de su humilde condición nativa” para “darle categoría social” (Osorio 1945).

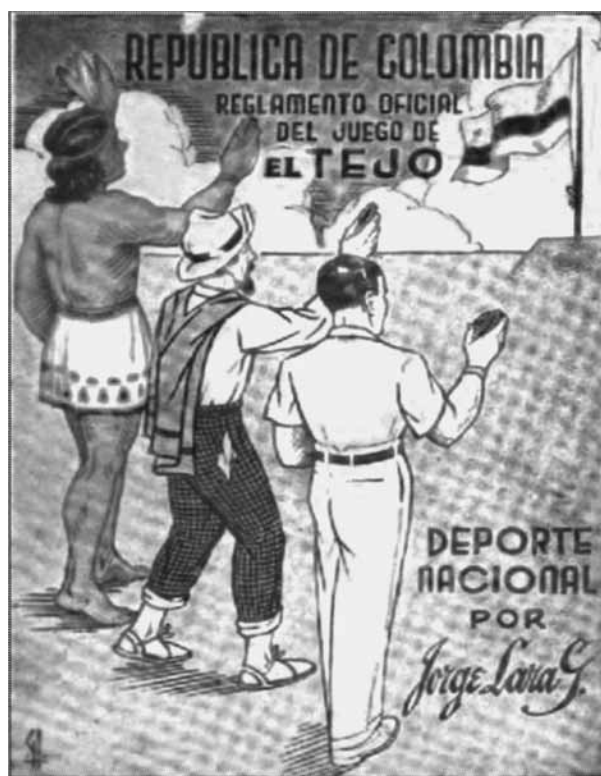


Figura 3.

Reglamento oficial del juego del tejo: deporte nacional

Fuente: Jorge Lara 1930.

LA DISTINCIÓN SOCIAL: EL CLUB PRIVADO Y LA PRÁCTICA DEL TURMEQUÉ

De las canchas plebeyas del arrabal lo sacó a los medios
de la aristocracia.
¿Cómo? Le quitó la ‘jipa’, la ruana y las alpargatas.
Le puso sombrero fieltro, americana y zapatos de charol,
y lo pasó del licor nacional a los cocktails y al whisky and
soda.

V. GRETA, “*Emilio Murillo y el ‘turmequé’*”, *Cromos*, 2 de abril
de 1930

Al ser reconocido el turmequé como deporte por la élite bogotana, esta comenzó a practicarlo regularmente en un espacio convertido desde principios de siglo en instrumento de poder y distinción social: el club. Al respecto, para finales de los años veinte y comienzos de los treinta, había en Bogotá varios clubes como el Gun Club, América, Los Lagartos, Country Club y Magdalena Sports Club, en donde se practicaban deportes como el basquetbol, el tenis, el fútbol, el golf, la equitación, entre otros. Allí era frecuente la realización de torneos interclubes que recibían amplia difusión en las secciones deportivas de la prensa capitalina.

Al ser aceptado por la élite bogotana, empezaron a programarse torneos de turmequé, los cuales imprimieron una nueva dinámica a la vida deportiva de los clubes sociales que, de acuerdo con los reportes de las páginas deportivas, solían caer en la monotonía⁷. De hecho, una posible explicación para que la difusión del “deporte chibcha” tuviera la fuerza que registró, fue la necesidad de romper con la pasividad que los clubes registraban en ese entonces. En una nota periodística (*Mundo al Día*, 8 de marzo de 1930, 33) se planteaba lo siguiente:

7 Al parecer, el primer club en organizar un torneo de tejo fue el Magdalena Sport, en 1928, en el cual participaron todos los socios del club, y donde resultó ganador Carlos Kopp Ángel; el segundo torneo también se realizó en ese club, en 1929, en el que también tomaron parte los socios y algunos particulares (el ganador fue Luis Nariño Ortiz); finalmente, hubo un tercer torneo en el mismo club, y allí se registró un número mayor de participantes que en las dos versiones anteriores. Después del segundo torneo organizado por el Magdalena Sport, los demás clubes comenzarían a organizar sus propios torneos.

Para el presente mes se inicia la actividad deportiva en los clubes en una forma digna de encomio. Transcurrieron los meses de enero y febrero en una apatía desconcertante y muy pocos de los elementos entusiastas que concurren a los clubs a practicar sus deportes favoritos dieron señales de vida. Sin embargo, para este mes nuevamente se despierta el interés deportivo y en vista del mismo la directiva del Club ha formado los comités respectivos, cuyos nombres tuvo a bien suministrarnos un miembro de aquella. Es muy posible que debido a la actividad de los dirigentes de los clubs de la capital pueden [sic] desarrollarse en el presente año torneos inter-clubs que fomentarán en grado sumo los deportes y contribuirán no poco a despertar el interés por los juegos. El espíritu de competencia inculcado en una forma inteligente por las directivas de los principales centros deportivos y la concertación de matches [sic] tienden a promover el entusiasmo por los deportes y por ende a que los individuos tomen por costumbre las practicas [sic] necesarias para presentarse en buenas condiciones.

Las secciones deportivas de diferentes periódicos se convirtieron en los principales mecanismos de difusión de la práctica del turmequé. Allí se publicaban regularmente noticias de los campeonatos que se programaban en los clubes sociales de la ciudad: la integración de los equipos, los desarrollos de los encuentros, etc. Por lo tanto, las referencias al turmequé en las secciones deportivas están llenas de situaciones interesantes para comprender la *cultura del turmequé*, que se configuró por aquella época en Bogotá. Por ejemplo, se encuentran referencias, entre otras cosas, a los lugares donde se jugaba y a quiénes lo hacían, como lo podemos observar en la siguiente nota (Ibíd.)⁸:

8 Al ver algunos de los apellidos de los participantes del torneo, se puede intuir el nivel de “popularización” que pudo haber tenido la iniciativa del club: Luis Nariño, Carlos Sayer, Patricio Wills, Jorge Wills, Julio Cuellar, Marcelino Luque, Emilio Murillo, Julio Garzón Nieto, Carlos Kopp, Adolfo Cuellar, Antonio Navia, A. Robledo, Julio Hané, Enrique D’Allemand, Alberto González, Roberto Andrade, Jorge Paredes, Eduardo Andrade, José Carulla, Arturo Aparicio, José María Buendía, Bernardo Villegas, Rubén Jaramillo, Hernando Umaña, Guillermo Pereira, J. M. Franco Ortega, Alberto Andrade, José Vicente Nariño, entre otros.

Esta tarde a las 5 p. m., en los salones de la Magdalena Sports Club, tendrá lugar una reunión de los caballeros que tomarán parte en el próximo torneo de tejo que se iniciará en breve. El club de la Magdalena, que tiene magníficos campos, desea contribuir a la popularización de este juego y para el efecto patrocina estas eliminatorias, que tendrán sin disputa [sic] enorme interés, considerando además que muchos aficionados de verdad integran la lista de los individuos que tomarán parte en el torneo. Los sorteos se harán esta misma tarde, de manera que se iniciará lo más rápidamente posible y para el efecto terminado el match final ofrecerá una fiesta campestre.

También se afirma que antes de cada encuentro oficial, los jugadores, que empezaron a adoptar trajes especiales y “protectores de goma para no dañarse el brillante corte de las uñas” (Grato, *Cromos*, 1930), realizaban “partidas de ensayo en medio de la mayor animación” (*Mundo al Día*, 10 de marzo de 1930, 28). Los encuentros del torneo se registraban así (*Mundo al Día*, 21 de marzo de 1930, 6):

Ha seguido jugándose con enorme entusiasmo el campeonato de tejo para la disputa de los trofeos ofrecidos. El miércoles último los patios de la Magdalena se vieron invadidos por una compacta concurrencia de aficionados al juego chibcha. Entre las principales eliminatorias que se jugaron merecen mencionarse la derrota del general Carlos Jaramillo Isaza a manos de don Julio Cuellar. A pesar de que el general reventó cinco sorpresas y se embocinó una vez, su rival pudo derrotarlo en forma admirable. El señor Luis Nariño Ortiz derrotó a don Julio Hané. El señor Bernabe Villegas, que es el probable campeón finalista, derrotó a don Julio Cuellar en un match reñidísimo.

Pero la distinción social no solo se pretendía manifestar en los lugares de juego, sino además en la categoría de la premiación y en la forma de la celebración (figura 4). La siguiente nota periodística ofrece elementos para dar cuenta de la intencionalidad (*Mundo al Día*, abril de 1930):

Terminada la partida, la señora doña Lorenza Villegas de Santos, esposa del doctor Eduardo Santos, director de ‘El Tiempo’, entregó al campeón de Tejo señor Wills Pradilla la copa ofrecida por su periódico. La totuma roja teñida de achiote y con incrus-

taciones con motivos chibchas fue entregada al finalista señor Nariño. Después de la partida y a los acordes de música genuinamente nacional se bailó animadamente durante varias horas en medio de una animación y de un entusiasmo de que hacían gala los deportistas. Se sirvió un espléndido pic-nic.

La calidad del premio, el *picnic* y la animación con música “genuinamente nacional” eran los componentes esenciales en los torneos de turmequé realizados en los clubes sociales. Ahora bien, que el juego del turmequé practicado por la élite recibiera mayor atención por parte de los periódicos capitalinos, sin que sucediera lo mismo con el juego practicado por los sectores populares, puede indicar que la reivindicación y aceptación de ese deporte en las páginas de los periódicos pasaba por un proceso de legitimación por parte de un grupo social definido, en este caso la élite, que vio en los clubes sociales, en las páginas deportivas y sociales de los periódicos y en los deportes, instrumentos de legitimación que le sirvieron para reafirmar su poder en la sociedad.



Figura 4.

Lorencita Villegas hace entrega de la Copa El Tiempo

Fuente: Cromos, 1930.

Desde luego, los sectores populares también tenían sus propios campos de juego en donde practicaban recurrentemente el turmequé (figura 5), aunque la prensa no lo registrara de la misma manera⁹. Por eso, resulta exagerado que ciertos cronistas, entre ellos Osorio Lizarazo, hablaran de una *popularización del turmequé* a raíz del interés de la élite, ya que la popularidad del mismo, en Bogotá, era una realidad desde hacía mucho tiempo.

Los lugares de los sectores populares para practicar el tejo eran las chicherías y los piqueteaderos. Para tener una idea de estos últimos, Mario Ibero (1946) nos ofrece una descripción interesante:

En todo ‘piqueteadero’ [...] y a lo largo de un patio de tierra pisada y en línea recta y a una distancia entre sí de dieciocho metros, se levantan los dos componentes de la cancha de tejo, o sean [sic] dos hileras de tablas ‘burras’ empotradas en el suelo hasta formar una especie de pared de metro y medio de alto por dos de ancho y al pie de los cuales y en la parte interior, se forman sendos promontorios de greda, en la mitad de cada uno de los cuales se coloca un bocín de hierro con la boca a ras del suelo y con el objeto de que el tejo (manual disco de hierro) que en él se emboque al ser lanzado desde el otro extremo de la cancha, marque una ganancia decisiva para el equipo a que pertenezca el jugador que lo embocó.

Distintos componentes diferenciaban el escenario popular del club de la élite:

Es de advertir que apenas llegan al ‘establecimiento’ (chichería o piqueteadero) unos cuantos clientes, la persona encargada de atenderlos lo primero que les dice, es: —Bueno mis caballeros, no les provoca echar una manita de tejo mientras ablanda el arroz?... (Ello significa que no hay juego de turmequé sin ‘piquete’ y harta bebida.

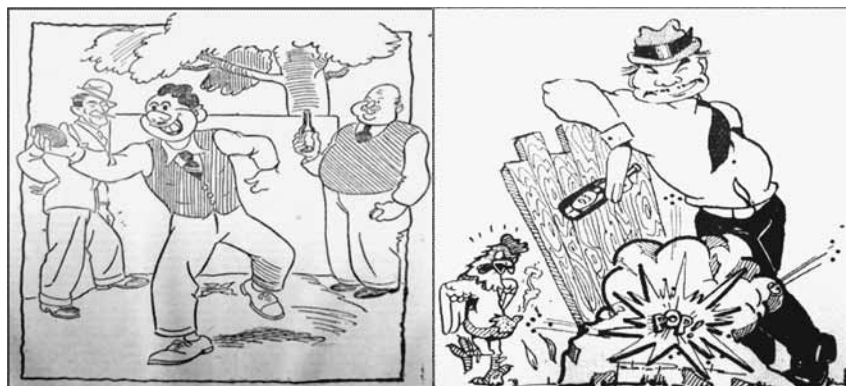
9 Sobre este asunto, Ruiz (2010, 55) comenta que “[...] debido a la gran brecha entre las clases sociales, se podría hablar de la existencia de espacios públicos con diferentes posiciones de dominación: el de la élite con mayor visibilidad, y el de las clases populares desde lugares subalternos. El deporte, por tanto se desarrolló en el espacio público dominante ocultando las expresiones corporales subalternas”.



Figura 5.

Pobladores del barrio Primero de Mayo jugando turmequé en un campo popular

Fuente: Mundo al Día, 6 de abril de 1935.



Figuras 6 y 7.

Momentos del turmequé en caricatura

Fuente: Sábado, 8 de diciembre de 1945 y 21 de diciembre de 1946.

Lo primero que hacen los verdaderos jugadores de turmequé es ordenar que se coloque sobre una banca mesa pequeña (situadas a cubierto de un tejazo, pero bien a la vista), que se coloque, repito, una canasta llena de botellas de cerveza, o un charol metálico colmado de vasos que han de contener a su debido tiempo 'licor nacional'. [...] el turmequé ante [...] es el prototipo del deportista nativo, elemental, por amor al arte... de manotear, de desgañirse [sic], de casi dislocarse los dedos pulgar y meñique, de mesarse el cabello, de calentarse la sangre, de sudar a chorros y de refrescarse el cuerpo cada rato a base de beber cerveza o 'carabina' ('unionismo' de chicha y cerveza).

Además de la existencia de las chicherías y los piqueteaderos, con la intensa promoción del turmequé, empezaron a surgir nuevos campos de juego para sectores populares, como sucedió con uno ubicado en el barrio Primero de Mayo, habitado especialmente por trabajadores, y que fue inaugurado con mucha pompa el 6 de agosto de 1930, día de la celebración de la fundación de Bogotá¹⁰.

BAVARIA, EL COMERCIO Y LA PROMOCIÓN DEL TURMEQUÉ

La relación entre el comercio y la difusión del turmequé, en el contexto que hemos descrito, es uno de los aspectos más interesantes de esta historia. La empresa privada y los comerciantes no desaprovecharon la ocasión de vincularse a la campaña de difusión del turmequé, viendo en ella una oportunidad para legitimar su presencia y las actividades que realizaban en la ciudad. Por ejemplo, y como ya lo referimos, la empresa Bavaria mandó editar el reglamento que había elaborado Jorge Wills Pradilla a comienzos de 1930. También patrocinó torneos en donde participaban "numerosos caballeros", y ofrecía las respectivas copas y premios para los ganadores.

10 Otros escenarios destacados para el juego del tejo fueron el Café Valencia, ubicado en la calle 12 con carrera 7.^a, donde se encontraban las canchas más centrales de la ciudad; y el famoso Campo Villamil, que pertenecía a Francisco Villamil, "gran liberal y gran amigo de los obreros", como lo describía la prensa (*Mundo al Día*, 30 de octubre de 1933, 7).

Sin embargo, a pesar de que empresas como Bavaria afirmaban que su simpatía “por el juego nacional” era sincera, el verdadero interés apuntaba a proyectar comercialmente la cerveza entre los sectores populares y desplazar a la chicha, cuyo consumo era altamente significativo entre estos últimos, y con la cual tenía un fuerte enfrentamiento por el mercado, desde hacía algunos años (Llano y Campuzano 1994). Las caricaturas (figuras 6 y 7) recrean momentos del turmequé, en donde se puede ver a los jugadores consumiendo cerveza y no chicha, como era común desde tiempos antiguos. Ya vimos cómo los médicos de la época emitían juicios contra el consumo de chicha y plantearon la “teoría” del papel salvador que desempeñó el turmequé entre los chibchas.

Otros empresarios de la ciudad también se vincularon a la campaña de promoción del deporte, ofreciendo llamativos premios a los ganadores de los torneos que se realizaban. Por ejemplo, el premio entregado en el torneo del Café Tequendama fue una finca ubicada en “el delicioso sitio de Luna Park”, obsequiada por Nicolás Liévano, gerente de las Urbanizaciones Sanitarias; y un cinturón con hebilla de oro, obsequiado por Julio R. Cuervo, propietario del almacén TutAnk Amen (*Mundo al Día*, 24 de julio de 1930, 26). De otro lado, en una nota periodística se informaba que “dos caballeros del más alto comercio, que adelantan dos urbanizaciones en los sitios más pintorescos de la capital han ofrecido dos lotes de terreno con todas sus anexidades como alcantarilla, agua, etc., etc., para los dos mejores jugadores” (*Mundo al Día*, 6 de marzo de 1930). En otra oportunidad, y “Con el laudable fin de levantar más nuestro deporte nacional” (*El Tiempo*, 1.º de junio de 1930, 2), el propietario de aquel almacén, Pedro R. Cuervo, obsequió

una medalla de oro, al vencedor en el torneo de TURMEQUÉ que ha de efectuarse entre los comerciantes, señores Jorge A. Tejada y José A. Torres, en el campo que para el efecto se ha destinado y, que está situado en la calle 10, número 600.

También la prensa capitalina de tendencia liberal, como ya lo anotamos, estuvo vinculada a la campaña, destacándose notablemente *Mundo al Día* y *El Tiempo*, que organizaron algunos torneos.

Tabla 3. Resolución de la Dirección de Instrucción Pública

Apartes de la resolución de la Dirección de Instrucción Pública

- 1.º Los beneficios que trae en la educación de los niños su desarrollo físico;
- 2.º Que todo lo que tienda a vigorizar su cuerpo, a adiestrar sus manos, a darles seguridad y agilidad a sus pies, presteza a su vista y alegría a su espíritu, debe entrar en un plan pedagógico, concertado;
- 3.º Que cada pueblo tiene sus juegos en consonancia con las características de la raza y que el juego de tejo es esencialmente autóctono, hijo del capricho inteligente y artístico del indígena, que adquirió por él practicado desde su niñez su admirable resistencia y agilidad para atravesar las llanuras trepar los montes, sin agotamientos ni quebrantos;
- 4.º Que el juego del tejo, examinado por los deportistas técnicos, reúne todas las condiciones para lograr una armónica cultura física, resuelve:

Adoptase el juego del tejo en las escuelas de Cundinamarca. En consecuencia los maestros procederán a establecerlo en sus respectivos establecimientos, y los inspectores escolares secundarán esta labor y vigilarán por su cumplimiento. Para los fines consiguientes será publicado en el Boletín de Instrucción Pública el reglamento del juego.

Fuente: Mundo al Día, 10 de marzo de 1930, 28.

DIFUSIÓN INSTITUCIONAL DEL DEPORTE

Dedique usted un poco su enorme actividad a esta reliquia de nuestros indiecitos, y todos sabremos agradecerlo colombianamente.

EMILIO MURILLO, *Mundo al Día*, 20 de febrero de 1933, 25

La labor de Murillo en torno a la difusión del turmequé no se limitó a los círculos de la élite bogotana. Su interés por reivindicar lo criollo demandó tocar puertas en otros escenarios de poblaciones de Cundinamarca y del país. Incluso él mismo se desplazó a localidades cercanas y de otros departamentos para promocionar el turmequé¹¹. Así, pronto empezaron a verse los resultados. Por ejemplo, logró que en las competencias deportivas realizadas en el marco del IV Centenario de Bogotá, el turmequé fuera incluido como deporte oficial. También logró que se designara como deporte oficial de Cundinamarca en marzo de 1930, a través de una resolución aprobada por la Dirección de Instrucción Pública (tabla 3), con la cual se abrieron las puertas para que en las instituciones educativas se practicara, sin ningún tipo de prejuicios, el turmequé.

No obstante, la disposición parece no haber sido aceptada fácilmente en ciertas instituciones. Una anécdota, contada por Emilio Murillo, ratifica lo dicho. Cuenta que en alguna ocasión visitó un colegio de niñas “para indicar que el deporte Tejo era recomendable por los médicos como el mejor porque fomentaba el ejercicio sano, sin grandes brinco, y ayudaba a verificar una digestión de que tanto [sic] necesita la mujer entre nosotros”. Esto dijo a la directora de la institución, quien a su vez le expresó: “Yo tengo mucho gusto en adoptar en mi plantel el deporte criollo [...], pero con una condición [...] Que usted me le ponga nombre inglés o francés”. Y “así fue, concluye Murillo, como en este colegio se vino a practicar un deporte francés, que a las niñas les pareció admirable. Admirable, naturalmente, porque era... europeo, y se llamaba Turmequí!” (*Estampa*, 24 de junio de 1939, 21).

A raíz del éxito de la campaña, en el Hospital San José de Bogotá se construyó una cancha de tejo, “para uso de los médicos, practicantes y convalecientes del establecimiento” (*Mundo al Día*, 25 de junio de 1930, 10) y se buscó que en la Cárcel de Sumariados de Bogotá se construyera una cancha de tejo para que los presos pudieran practicar ese deporte, como “un lenitivo a sus pesares” (*Mundo al Día*, 25 de octubre de 1930, 8). Pero ahí no terminó la cosa. Murillo también logró interesar

11 A mediados de 1930 visitó a Colombia el político y escritor mexicano José Vasconcelos, invitado por Emilio Murillo a visitar el departamento de Boyacá. Allí, desde luego, el afamado visitante fue retado por el compositor colombiano a jugar varias partidas de turmequé.



Figura 8. Empleados del tranvía participan del torneo intermunicipal de turmequé

Fuente: Mundo al Día, 18 de septiembre de 1937.

a la Policía en el juego del turmequé, como lo manifestó su director, Alejandro Cabal Pombo, en comunicación dirigida a Murillo (*Mundo al Día*, 12 de junio de 1930, 20):

La feliz y patriótica iniciativa del maestro colombiano señor Emilio Murillo de generalizar y cultivar en la Policía Nacional el deporte indígena llamado Turmequé, lo mismo que la introducción en el repertorio de la Banda del Cuerpo de la música de aires nacionales, merece el más efusivo aplauso, ya que se trata de conservar el culto por todo aquello que nos caracteriza como pueblo de tradiciones y prácticas que constituyen el genio de la raza.

La Dirección, con el propósito de secundar esa labor altamente recomendada, excita a los señores Jefes Divisionarios [sic] y al Director de la Banda para que establezcan ‘canchas’ o juegos de turmequé en los respectivos cuarteles, a los primeros, y al segundo para que incluya en los programas de las retretas música nacional, pues el turmequé, además de ser un excelente ejercicio para el desarrollo físico, gusta mucho a los agentes y se obtiene con ello

que en lugar de salir a otras partes a jugar, tengan en el propio cuartel un lugar de diversión, y las piezas de aires nacionales que toca la Banda son siempre gratas al auditorio que las aplaude con entusiasmo.

Por su parte, el Ministerio de Guerra tomó una decisión similar al adoptar el juego del turmequé, disponiendo que los soldados se ejercitaran “en el deporte nacional con ambas manos”, buscando de ese modo que los contingentes presentes en los cuarteles pudieran “mitigar las tareas cotidianas (*Mundo al Día*, 14 de junio de 1930, 9).

El interés de los *grupos de distinguidos caballeros* por el turmequé trascendió los límites de Bogotá, proyectándose a otras ciudades y regiones del país, por ejemplo con la organización de torneos intermunicipales (figura 8). Y, si bien no puede hablarse de una “fiebre nacional” por dicho deporte, sí puede decirse que, después de mucho tiempo, el turmequé iba más allá la geografía del altiplano. Fuera de Bogotá, y por la vía de los clubes ya existentes o creados para tal fin (que eran numerosos), los *grupos de distinguidos caballeros* comenzaron a organizar partidas en estos escenarios que tenían una particularidad: los nombres que se adoptaban para su denominación, rememoraban el pasado indígena.

Desde Medellín, Ricardo Olano, en mensaje enviado a Emilio Murillo le hizo saber “la buena noticia” de que ya se había instalado en esa ciudad el primer campo de turmequé y que se formarían “allí los aficionados y vendrán nuevos campos. [...] su campaña va teniendo eco en todas partes” (*Mundo al Día*, 3 de junio de 1930, 22). En el Valle del Cauca, Tulio Raffo, en respuesta a la carta enviada por Murillo el 14 de enero de 1930, le expresaba lo siguiente (*Mundo al Día*, 7 de febrero de 1930, 4):

Con su expresada carta recibí los recortes que usted se sirve anunciarme, los que gustosamente he pasado al señor Director de Educación Pública recomendándole la adopción, en los establecimientos de educación del Valle, del juego chibcha ‘Turmeque’. Una vez más felicito a usted por sus patrióticos empeños en bien de este Departamento, los que han destacado su personalidad [...].

También se crearon campos de juego y se promocionó el turmequé en ciudades como Cali, Santa Marta e Ibagué (donde existió uno denominado Club Pijao), a lo cual contribuyó sin duda que el turmequé hubiera sido reconocido como deporte oficial en casi todos los departamentos de Colombia (*Mundo al Día*, 13 de febrero de 1933).

LA MUJER TAMBIÉN JUEGA

Es preciso convencernos de que el deporte no aleja a la mujer del hogar ni del cumplimiento del deber.

I. GARCÍA DE LA PARRA, *Mundo al Día*, 24 de enero 1931, 14

El interés por el deporte chibcha llegó también a las mujeres de los estratos altos de Bogotá. Curiosamente, mientras en los sectores populares el turmequé era una actividad eminentemente masculina, en la élite bogotana la mujer se interesó por él, asistiendo a las partidas, promocionando torneos e incluso participando directamente en ellos (figuras 9 y 10). El propio Emilio Murillo estaba detrás de ese hecho, al animar a ciertas “damas” para que organizaran y participaran en los enfrentamientos que se realizaban en los clubes, como se puede apreciar en una comunicación que le enviara Susana Wills de Samper a aquel, y en donde le manifestaba lo siguiente (*Mundo al Día*, 24 de marzo de 1930, 24):

Con el mayor placer acepto la invitación que me hace usted para organizar el campeonato femenino de tejo, en el club de La Magdalena. El resurgimiento de este nuestro simpático deporte nacional ha causado el mayor entusiasmo y, aun cuando por hoy [sic] el grupo de jugadoras es muy limitado, las demás seguiremos con verdadero entusiasmo un entrenamiento formal para poder jugar dicho campeonato en julio próximo.

Algo similar ocurrió en ciudades como Medellín, Santa Marta e Ibagué, donde el distinguido “elemento femenino” asumió un papel destacado en la promoción del turmequé.



Figuras 9 y 10.

Las mujeres y el turmequé

Fuente: Cromos, 1930.

No obstante el empeño de Murillo en todo esto, puede constatarse que la relación entre la mujer y el turmequé se inscribía en un proceso social y cultural de visibilización de la mujer que se estaba dando en la sociedad colombiana, y que se materializó en hechos como la política, los congresos femeninos, la práctica de ciertos deportes e incluso el impulso del Reinado Nacional de Belleza. Ingrid Bolívar señala, apoyándose en Norbert Elías que, prácticas como el reinado de belleza (celebrado en Colombia a comienzos de los años treinta), dejaban ver algunos esfuerzos ‘modernizantes’ de los grupos autoconsagrados como élites, tanto como sus propias resistencias aristocratizantes ante las transformaciones del nosotros nacional (Bolívar 2007, 72).

En el caso del turmequé, como pudo haber ocurrido con otras prácticas sociales, se observa la reproducción de unas relaciones de dominación de tipo masculino, tendientes a manifestar un poder en una situación concreta. Por ejemplo, en los discursos científicos elaborados por los doctores, se recomendaba el turmequé a la mujer, porque “este juego produce un robustecimiento físico que es muy conveniente para el bello sexo” (*Mundo al Día*, 21 de marzo de 1930, 6). Es decir, había una especie de autorización de una práctica por parte de los hombres, porque ella ayudaba a fortalecer la idea de belleza en la mujer. El médico Jaime Jaramillo Arango consignaba otras bondades de la práctica del turmequé para las mujeres:

En este juego trabajan todos los músculos del cuerpo y su uso tiene una importancia especial para la mujer, por la circunstancia de la vida sedentaria de ella en nuestras sociedades, las mantiene en completo reposo y es de allí de donde provienen las innumerables enfermedades originadas en la mala digestión que constantemente sufren.

Además, la mujer cumplía otro papel esencial en los torneos y en los clubes: su presencia física “alegraba” las partidas de turmequé en las canchas, particularmente al saber “reír en medio de las duras fatigas físicas” (Greta, 1930). También contribuía a reforzar la idea de feminidad promovida por los hombres, el tipo de premiación que solían recibir. Por ejemplo, la Casa Bauer obsequió “bellos regalos de su joyería para ser jugados entre las damas”.

CONCLUSIÓN

Debido a los esfuerzos del maestro, el ‘turmequé’ que antes no lo jugaban [sic] sino los indios y gente de mala facha que en ocasiones asesina sobre las canchas por diferencias absurdas, ya tiene adeptos de una presencia tan simpática como la del general Jaramillo Isaza, por ejemplo.

V. GRETA, *Cromos*, 2 de abril de 1930

Sin duda, la historia del tejo o turmequé sería una importante contribución para comprender la presencia transformada de una práctica social y cultural de vieja data en el país. Los propósitos de este artículo han sido menos pretensiosos; considero que lo que he tratado aquí podría hacer parte de esa gran historia a la que se ha hecho mención. Por lo menos hay dos cuestiones que valdría la pena destacar: por un lado, que la fiebre de turmequé registrada en sectores de la élite bogotana respondió a factores propios de sus intereses de grupo, pero también a las presiones del momento que se vivía. Hemos destacado la incidencia de la crisis económica de 1929, la cual trajo consecuencias negativas para países como el nuestro, y desde luego para Bogotá (desempleo,

mendicidad, violencia urbana); pero, además, se ha resaltado el auge de expresiones nacionalistas e indigenistas y la reivindicación de lo popular en aquel periodo en países como Colombia, hecho que leyó con claridad el compositor liberal Emilio Murillo.

Estos aspectos de orden económico, social y cultural nos ayudan a entender las razones que llevaron a la élite a incorporar el turmequé en su *habitus*. Sin embargo, consideramos que la posición de Murillo fue contradictoria. Recurrió a la élite bogotana, particularmente de filiación liberal, para sacar adelante su propósito (la “reivindicación de lo criollo”, como solía decir la prensa), sin parecer importarle la transformación que sufrió la práctica del turmequé al quedar “en manos” de dicha élite, la cual, para poder asimilarlo como un deporte y darle categoría social, debió primero dotarlo de un discurso benéfico (científico e higiénico), que se inscribía en los debates, temores y deseos propios de la época. Por esa vía, se acudió al “blanqueamiento” del turmequé, a su domesticación. Tal vez las palabras de Osorio (1945) ilustran ejemplarmente el proceso que se quiere advertir:

Durante mucho tiempo, el tejo fue abandonado exclusivamente a las clases más populares. Estuvo identificado con la otra herencia de los chibchas, el alcohólico licor de sus festejos, que engaña al labriego y al obrero mal nutridos y le presta una fugaz alegría... Nadie que presumiera de su posición social se atrevía a practicarlo, porque la sociedad se había formado sobre el absurdo prejuicio ancestral que subsistió de la Colonia: y el aborigen era una clase inferior y despreciable, con sus costumbres, sus vicios, su miseria y su degradación. [...] ya no es, pues, la distracción humilde de los vencidos, ni el refugio supremo para la melancolía de una vida inerte, sino que ha ascendido al puesto de un respetable deporte, en el cual intervinieron distinguidas personalidades.

El problema es que Osorio no propone una explicación para entender ese cambio de actitud de la élite, que según el cronista, terminó por despojar “al tejo de su humilde condición nativa [para darle] categoría social”. Al respecto, podría plantearse que el asunto no se remitió simplemente a la actitud ante una opción deportiva, sino que tuvo relación con estrategias de regulación social, promovidas por

sectores dominantes (el control de las emociones violentas de sectores de la población bogotana) (Elías y Dunning 1992) y, a su vez, con el reforzamiento de la idea de un *nosotros* que se presentaba a sí mismo como el nosotros de los bogotanos, pero que tenía, al mismo tiempo, un carácter mucho más restringido: el *nosotros de un grupo específico*.

Lo anterior se hizo a través de prácticas (el traje especial, el protector de goma para las uñas, el club, el reglamento, el *picnic*) que pretendieron naturalizar y exhibir el dominio político como expresión indiscutible de una supuesta preeminencia moral y social. Todo esto en un contexto en donde los deportes, como lo advierte Ruiz (2010, 57)

hicieron parte de los elementos que constituyeron nuevas relaciones de poder entre los sectores de la élite y las clases subalternas, y en las cuales se inscribieron procesos de conformación de identidades políticas que, según su posición en esas relaciones, incidieron de manera decisiva en las luchas por la definición de las fronteras de lo que se consideraba, en ese entonces, como nacional.



Figura 11. Jorge Eliécer Gaitán jugando turmequé

Fuente: Fundación Mapfre, 2011.

La otra cuestión a destacar es que se debe problematizar la idea de una “popularización” del turmequé, a raíz de la campaña emprendida por Murillo con el apoyo de la prensa capitalina. En honor a la verdad debe decirse que la campaña de Murillo sirvió no para la popularización del turmequé, que ya lo era en muchos lugares del altiplano y en Bogotá, sino para su proyección nacional. El turmequé no solo fue siempre popular, sino probablemente el más popular de todos los deportes y juegos que podían existir. Por eso resulta arriesgada la afirmación de Osorio y de aquellos que le adjudican a la élite la popularidad del turmequé en aquellos años. Una afirmación que por cierto expresa una postura soberbia, común en los grupos poderosos de aquella época, con la cual pretendían desconocer la importancia de los sectores populares en la persistencia del turmequé en Bogotá y otros lugares del altiplano.

Para los años cuarenta, el interés de la élite capitalina por el turmequé desapareció (probablemente a causa del desgaste de la República Liberal), y todas sus energías fueron puestas en la práctica de otros deportes, que no habían desaparecido de su cotidianidad, aun en tiempos de la fiebre por el tejo. No obstante, serían los políticos bogotanos, especialmente los de tendencia liberal, quienes seguirían mostrando un interés por el tejo, seguramente por razones que se inscribían en el campo de los réditos electorales (figura 11)¹².

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Archila, Mauricio. 1989. “Ni amos ni siervos. Memoria obrera de Bogotá y Medellín (1910-1945)”. *Controversia* 156-157.
- Barrera, Oscar. 2009. “Folclor, indigenismo y mestizaje durante la República Liberal”. *Maguaré* 23: 133-153.
- Bolívar, Ingrid. 2007. “Reinados de belleza y nacionalización de las sociedades latinoamericanas”. *Iconos* 28: 71-80.
- Calvo, Oscar Iván y Marta Saade. 2002. *La ciudad en cuarentena. Chicha, patología social y profilaxis*. Bogotá: Ministerio de Cultura.

12 En efecto, son conocidas las imágenes que muestran a importantes dirigentes del liberalismo (Jorge Eliécer Gaitán, Eduardo Santos, Alfonso López Pumarejo, Alberto Lleras Camargo, entre otros) jugando tejo, particularmente en el Campo Villamil de Bogotá, entre los años treinta y cuarenta del siglo xx.

- Camacho Roldán, Salvador. (s. f.) *Memorias*. Medellín: Editorial Bedout.
- Cordovez, José María. 1978. *Reminiscencias de Santa Fe y Bogotá*. Bogotá: Biblioteca Básica Colombiana.
- Elias, Norbert y Eric Dunning. 1992. *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Fals Borda, Orlando. 1961. *Campesinos de los Andes. Estudio sociológico de Saucío*. Bogotá: Universidad Nacional, Editorial Iqueima.
- Fundación Mapfre. 2011. *Colombia a través de la fotografía 1842-2010*. Madrid: Taurus.
- Greta, V. 1930. "Emilio Murillo y el 'turmequé'". Bogotá: *Cromos*, 2 de abril.
- Gutiérrez Cely, Eugenio. 2007. *Historia de Bogotá. Siglo XIX*. Bogotá: Villegas Editores.
- Ibero, Mario. 1946. "El turmequé". *Sábado*, 21 de diciembre.
- Lara, Jorge. 1930. *Reglamento oficial del juego del tejo: deporte nacional*. Bogotá: Tipógrafa Velásquez.
- Llano, María Clara y Marcela Campuzano. 1994. *La chicha, una bebida fermentada a través de la historia*. Bogotá: ICAHN, Colcultura, Cerec.
- Martínez Fonseca, Juan Manuel. 2007. *Paternalismo y resistencia. Los trabajadores de Bavaria 1889-1930*. Bogotá: Rodríguez Quito Editores.
- Marulanda Morales, Octavio. 1989. *Emilio Murillo: o el arquetipo musical de una época*. Bogotá: Alcaldía Mayor.
- Mateus, Jorge. 1930. "El tejo y los primeros técnicos". *Cromos*, 19 de abril.
- Medina, Álvaro. 1995. *El arte colombiano de los años veinte y treinta*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- Muñoz, Laurentino. 1935. *La tragedia del pueblo colombiano. Estudio de observación y vulgarización*. Cali: Editorial América.
- Ome, Tatiana. 2006. *De la ritualidad a la domesticidad en la cultura material*. Bogotá: Uniandes, Cesó.
- Osorio Lizarazo, Antonio. 1945. "El turmequé". *Sábado*, 8 de diciembre.
- Pardo Pedraza, Diana. 2011. *Ellas y nosotras. Luchas y contradicciones en los modos de representar a la mujer (1930-1932)*. Bogotá: Uniandes.
- Patiño, Víctor Manuel. 1992. *Historia de la cultura material en la América equinoccial*, t. IV. *Vestido, adornos y vida social*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- Ruiz, Jorge Humberto. 2010. *La política del sport. Élite y deporte en la construcción de la nación colombiana, 1903-1925*. Bogotá: La Carreta Editores, Pontificia Universidad Javeriana.

Sin autor. 1939. "El tejo". *Estampa*, 24 de junio.

Tovar Zambrano, Bernardo. 1984. *La intervención económica del Estado en Colombia 1914-1936*. Bogotá: Biblioteca Banco Popular.

Uribe Celis, Carlos. 1991. *Los años veinte en Colombia. Ideología y cultura*. Bogotá: Alborada.

Urrego, Miguel Ángel. 2002. *Intelectuales, Estado y Nación en Colombia. De la guerra de los Mil Días a la Constitución de 1991*. Bogotá: Universidad Central, Siglo del Hombre Editores.

REVISTAS Y PERIÓDICOS

Cromos (Bogotá) 1930

El Tiempo (Bogotá) 1930

Estampa (Bogotá) 1939

Hagamos Cultura (Bogotá) 1981

Mundo al Día (Bogotá) 1930, 1933, 1935, 1937

Sábado (Bogotá) 1945, 1946